

"Ese lugar sagrado, donde acude tanta gente"

EL SEXO EN LOS BAÑOS

Una investigación de albion pereda



La historia de los grafiti en los baños es la historia del sexo en los baños. Una historia que se resuelve con leyendas, números telefónicos, insinuaciones procaces y citas clandestinas. Cada grafiti, es decir cada inscripción espontánea en un baño público, revela una necesidad instintiva y un deseo de rebelión contra aquello que las normas sociales prohíben. De Nueva York a Buenos Aires, de Estocolmo a Tokio, no hay baño público que no se transforme en la expresión de aquello que, vanamente, se intenta reprimir.

En la década de los años sesenta el escritor norteamericano Dwight Lean ganó popularidad con un libro que recogía todas las frases, o casi todas, que encontró a su paso en los baños. El libro se abría con el siguiente interrogante: ¿Qué es un baño?

Para Lean, al amparo de las necesidades fisiológicas que tenían cabida en los baños, estos ámbitos representaban "la majestad del sexo en todas sus formas". Slogans como "soy pederasta y atiendo de 14 a 20 hs. en el teléfono tal y tal" significaban un SOS una botella lanzada al mar con el mensaje de lo más íntimo: la condición. Esta forma de asumir la homosexualidad, tanto como el lesbianismo en los reservados

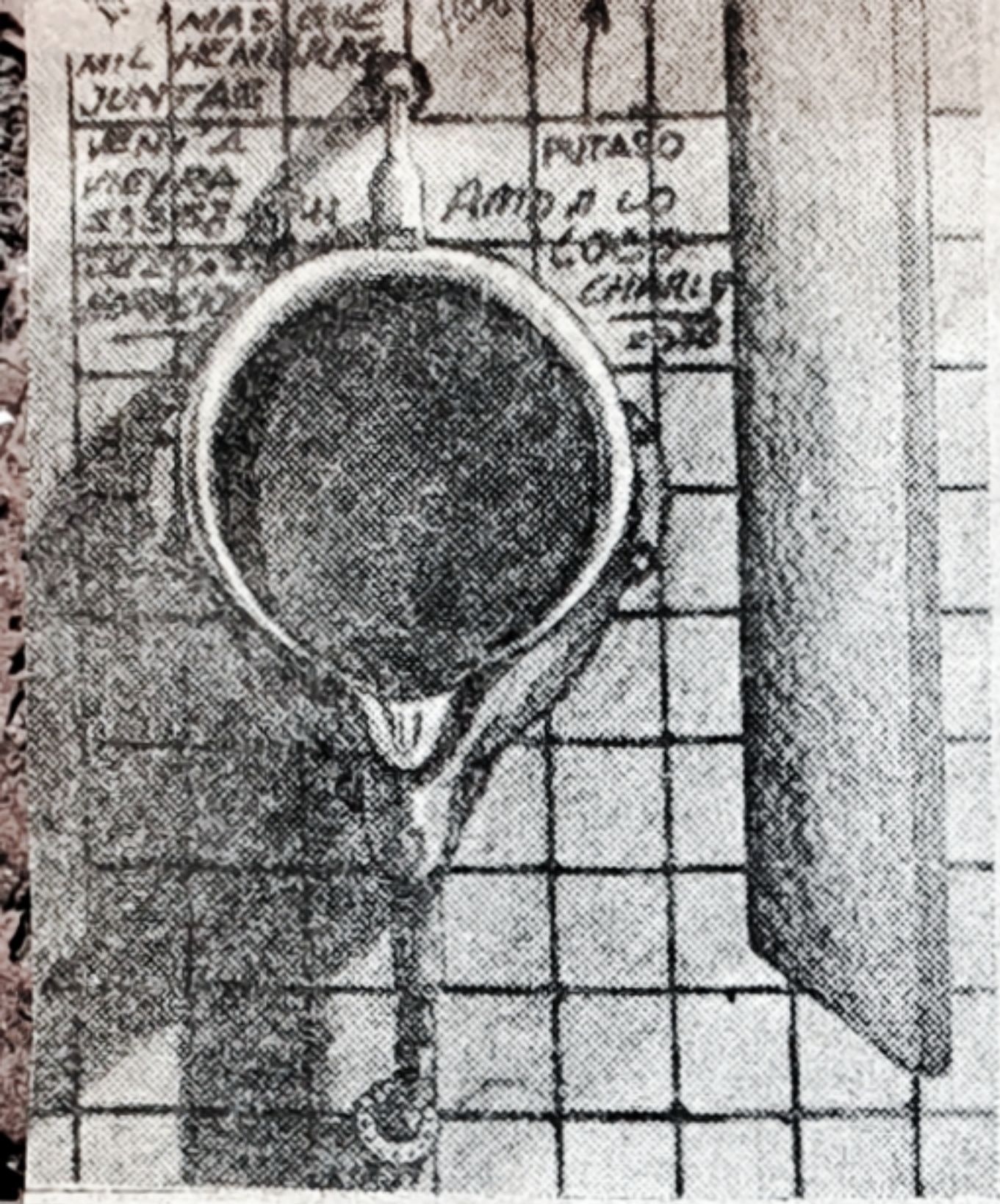
"Homosexuales y lesbianas se estimulan con el olor de los mingitorios"

o toilettes para mujeres, insinuaba asimismo lo que el escritor llamó en su oportunidad: "El erotismo de los muros".

Y en efecto, si las pintadas a la cal en la vía pública muestran inequívocamente el proselitismo o la situación político-partidaria de un grupo de gente, el grafiti anónimo de los baños es la afirmación de una individualidad que colectivamente tiende a perderse.

Pero si este comienzo tuvo que ver con una libertad sexual desembozada, típica de ciudades altamente industrializadas, no es menos cierto que los baños, en la antigüedad, representaron la escenificación del placer en todas sus manifestaciones. Los sumerios, por ejemplo, hacían un uso indiscriminado de ellos y no diferenciaban sexos. Hombres y mujeres compartían su desnudez y un erotismo carnal que no conocía límites. Algunas iconografías o grabados antiguos nos muestran acoplamientos múltiples, cunnilingus, fellatio, y desfloración de vírgenes según técnicas muy precisas y, lo que es más significativo aún, utilizando adminículos e instrumentos que harían la envidia de los sex-shops más sofisticados de hoy: murales y bajorrelieves

DIBUJO
E. OPT. 1978



Algunas de las frases: "Chupador profesional se ofrece"

reproducen masturbadores o cánulas para la excitación masculina, anillos clitorianos para las mujeres y espirales construidos con cartilago blando de animal para evitar el embarazo. Los romanos perfeccionaron la modalidad adoptando los baños públicos termales, sitios donde todas las orgías tenían lugar y donde la sodomización era norma corriente. Un repaso prolijo de la tradición helénica muestra cómo determinados afrodisíacos o ungüentos especiales a base de leche de carnero y savias vegetales hacían el complemento obligado de la expansión sexual.

A medida que las sociedades crecieron y las ciudades se tornaron más y más abigarradas, los baños fueron perdiendo espacio e identidad. Esta pérdida de sitios de placer (imaginemos el siguiente caso: ¿Qué harían los niños si las plazas son arrancadas de las ciudades?) fue factor determinante, fue el comienzo de la rebelión que inició el grafiti —toda escritura es una protesta, inconsciente o no— y que parece encarrilarse ahora hacia otra situación: la acción sexual.

Es harto sabido que los baños públicos, hoy por hoy, son refugios del sexo. Un escritor argentino, bastante conocido y reconocido, confesó hace algunos años que calmaba su apetito carnal de homosexual deambulando por los baños porteños y percibiendo el olor que salía de los mingitorios. Este caso no es aislado. Las besbianas hacen otro tanto. En la zona de Constitución una pizzería muy popular debió colocar a la entrada de sus baños el siguiente cartel: "Clausurados por falta de agua".

El propietario del local explicó a este cronista las causas de tal determinación: "Cerré los dos baños cuando nos dimos cuenta que se estaban transformando en lugar de citas. Los putos venían y se hacían tirar el fideo por dos o tres mientras alguno hacía guardia y se ponía de campana. Las tortilleras lo mismo, se gozaban de a dos o más y una vez tuvo que venir la policía y sacarlas desnudas porque no querían salir..."

La crudeza del lenguaje utilizado por el responsable del comercio parece no dejar dudas. Una rápida inspección al lugar per-

mitió a quien esto escribe comprobar algunas de las leyendas furtivas: "Con Vasenol la penetración va mejor", "chupador profesional se ofrece (y a continuación el teléfono)", "me la como doblada o entera (y de inmediato el nombre, apellido y datos precisos para la individualización)", "soy tortilla", "la vida es una moraleja: el que no coje se deja", y así por el estilo.

Según el sexólogo rosarino Humberto Mall, "todas estas tipificaciones representan desviaciones de conducta y patologías no exentas de agresividad". El científico, actualmente radicado en Europa, confirma la tesis de Lean por cuanto además, "un factor preponderante para estas aberrantes expresiones está situado en el ritmo alienante de la vida moderna, en la pérdida de la privacidad y, fundamentalmente, en la represión sexual a que la ciudadanía se ha visto compelida durante años", según nos lo aclaró.

Como dato provisorio a esta investigación, el redactor anotó uno de los teléfonos que se exhibían en ese baño y llamó a efectos de comprobar la veracidad. El diálogo fue el siguiente:

—Hola. Llamaba por el teléfono del baño...

—...(un largo silencio y una respiración entrecortada a través de la línea).

—Hola... ¿me escucha?

—... Sí... (la voz era insegura).

—Tomé el teléfono del baño de Constitución (a continuación le indiqué el nombre de la pizzería en cuestión, que aquí se omite por razones obvias).

—... Sí... sí...

—¿Puede oirme?

—... Sí... ¿cuántos años tenés? ¿Qué tal estás? (el tono ahora era desenfadado).

—¿Sos homo?

—Sí, pero la curto con minas también, me gusta todo...

Lo que siguió fue una provocación decidida y, de inmediato, un corte abrupto a la llamada. No se necesitaba más. El teléfono y los datos eran reales.

Sin embargo, no escapa a nadie que al margen de lo escabroso que pueda resultar una investigación como la que nos ocupa, se impone un registro fidedigno, serio y decididamente honesto a la par que orientador y testimonial. Sin desvirtuar ciertas circunstancias, es menester aleccionar y corregir, única manera de asumir un periodismo adulto. De allí que solicitáramos además el concurso profesional de un psicólogo para desentrañar las causas profundas de actitudes como las descritas. El Dr. Manuel Derbant apuntó para el caso que "una motivación extrema del baño como motor erótico está en la desorientación sexual que padece buena parte de la juventud, que confunde genitalidad con sexualidad". Afirmó asimismo el profesional que "los medios masivos de comunicación, en especial la publicidad televisiva mal orientada, repercuten negativamente en la formación de nuestros adolescentes". En cuanto a la obscenidad de ciertas leyendas, explicó que "son válvulas de escape estatuidas a nivel social; como la libido reprimida o la incontinencia mal encausada pueden desvirtuar en determinadas pautas —prosiguió— es un tema a tratar con seriedad ya que ofrece aristas delicadas".

Sin duda. Al tenor de estas explicaciones es como asimismo debe entenderse el libro de Lean cuando afirma que los baños públicos modernos reemplazan a las costosas sesiones de diván psicoanalítico. Los azulejos blancos, tan silenciosos y fríos como algunos analistas, suplen y hasta refractan gratuitamente lo que el mal profesional a veces silencia. Es como cambiar un silencio por otro. Si a un analista se le

Graham Greene: "La mejor literatura le canta a la vida atrás de los inodoros"

grita, se le escupe o se escribe en las paredes de su consultorio, éste no reaccionará por cuanto uno de los manifiestos de la disciplina consiste en no involucrarse. ¿Pero hasta qué punto? Esta es una cuestión que está teniendo debate amplio en los círculos y, felizmente, ya se está revirtiendo. La palabrita que resume este conflicto, en la jerga, se la conoce como "transferencia".

Más allá o más acá de estas cuestiones técnicas debe saberse también que un sentimiento de promiscua soledad rodea a quienes utilizan al baño como pizarrón de sus sentimientos. El novelista Gabriel Gar-



cía Márquez ha dicho al respecto una frase certera: "La poesía de soledad no se escribe: se vomita o eyacula". Y Graham Greene, el escritor inglés célebre en todo el mundo, ha agregado: "La mejor literatura, la más cruda, le canta a la vida atrás de los inodoros". No resulta extraño entonces que algunos artistas hayan ido en pos del olor de la acarolina para plasmar algunos de sus argumentos: entre ellos Malcolm Lowry con un relato que dejó inconcluso; William Burroughs, el norteamericano al que muchos llaman ya "el nuevo Miller de los ochenta"; o el propio Picasso cuando se insufló de pintura erótica y, antes de bocearla, se paseó por algunos baños que el París de su exilio le ofrecía. Pero quien ha ido más lejos en este terreno parece ser el vanguardista y experimentalista Andy Warhol, realizador cinematográfico, con la obra "Pulsions". En ella, una joven rubia se desviste en un pequeño W.C. (water closed) y queda mirando a la cámara sin decir palabra. La película no tiene sonido, y transcurre íntegramente en un baño, un recinto muy comprimido. Luego la muchacha comienza a excitarse contemplando las leyendas que allí se exhiben. Mientras las lee se palpa los pezones, el sexo, y comienza una sesión masturbatoria que súbitamente se interrumpe. No llega al orgasmo por cuan-

to ha leído algo en la pared que la perturba. Reflexiona. Pasan unos instantes sin que ocurra nada y luego ingresa al baño un hombre totalmente desnudo que, de espaldas a la cámara (siempre fija, es la técnica de Warhol) comienza a penetrar a la chica. Ella se desgarró. Jadea y gime en silencio total, lo que hace a la escena más perturbadora. El intenso dramatismo sólo culmina cuando el hombre anónimo desaparece y la

El aroma de la acarolina también ha inspirado a grandes artistas

chica queda sola, desnuda y enfrentando a la cámara. Acto seguido, con un pequeño papel higiénico, borra la leyenda que la perturbó y le impidió autosatisfacerse. Un último plano detalle de la pared muestra los vestigios de un trazo rápido. En la pared decía: "Borrá mi soledad".

Un plano gozoso de los baños, divertido y con ingredientes de la picaresca urbana de la época, lo constituyen algunos relatos posmedievales y renacentistas que cuentan las peripecias que en ellos transcurren: adulterios, pérdidas de la virginidad y si-

Para los sexólogos esas desviaciones están dadas por la represión de la sexualidad

tuaciones de enredos que, socialmente, son ocultados. Así, en tanto el espíritu renacentista crece, en los baños tiene cabida el famoso "carpe diem" (gozar aquí y ahora). Algo de esto ocurre también en nuestros días, aunque las normas sociales se hayan modificado y el elemento aséptico brille en los esmaltados de bidets y demás sanitarios.

Una encuesta reciente probó que en EE. UU. la mayoría de las chicas experimentan sus primeros goces en los baños, especialmente a través del chorro del bidet.

Lo cierto que los baños —como mostraba hasta no hace tanto una efectiva tanda publicitaria de la tevé— son la parte más "indecorosa" de la casa, la que no se muestra a las visitas y la que, inevitablemente, tiene que estar reservada. El famoso "al fondo y a la izquierda" es prueba no tanto de inventiva popular sino de marginalidad. Siempre atrás, cuanto más atrás mejor. En época de Rosas casi llegó a publicarse un edicto obligatorio sobre la ubicación de los "reservados". El excusado, palabra cuya etimología tiene mucho que ver con pedir perdón, excusas, derivó en buen romance hacia el allá lejos. Un pozo ciego es el que no se ve. Si la mitología popular dice que los franceses inventaron el extracto porque no utilizaban el baño y la higiene personal era harto deficiente no cuenta en cambio que la palabra "charme", aunque suene "bien", es un derivado de la sobaquina, fragancia que, como se comprobó, excita a las francesas de manera muy especial. Es una vuelta al olor salvaje, rudo, del sexo.

Así las cosas, en ese lugar sagrado donde acude tanta gente, mucha gente también se procrea. El sexo, como ha afirmado el propio Wilhelm Reich, también tiene sitio privilegiado en el baño por cuanto el baño es, de toda la casa, el lugar seguro que cuenta con espejo. "Un espejo —dice el psiquiatra austriaco— es el símbolo de la identidad, es el que permite reconocernos íntegramente, es donde el yo se reproduce fielmente e igual a sí mismo".

El caso de los ascensores neoyorquinos durante el famoso apagón ya es célebre y bien merecería una nota, pero el de los baños públicos en esa ciudad y durante la jornada que faltó la luz es bastante más patético. Se hizo el amor en los ascensores compulsivamente por cuanto las parejas estaban atrampadas. Pero en los baños no, podían salir. Y los registros de natalidad en baños fue más alta que en ascensores. Un caso típico de libre elección.

Y ahora, como este cronista quiere ser fiel y no faltar un ápice a la verdad, ocurre que debe concluir la investigación acuciado por necesidades extremas. El baño lo reclama. Vayan entonces mis excusas, mis perdones, y quede constancia de que sabré comportarme como un valiente.